



LLUEVE EN LA PLAZA

GERARDO ALARCÓN CAMPOS¹

CALEIDOGRAFÍAS



¹ Estudiante de la Facultad de Sociología de la Universidad Veracruzana, región Xalapa. Correo electrónico: gerardo_barrett@outlook.com





Llueve en la plaza

Antes de partir, Javier se detiene a observar aquel cielo vespertino. Otoño, mes frío que evoca la nostalgia, octubre de cielos grises, tarde oscurecida por las nubes, anunciando el diluvio que ha de venir. Revisa su habitación, recoge una pila de folletos que debe repartir en su camino. Mira el reloj angustiada, son las 4:50 de la tarde, ya es tarde, deseaba haber salido más temprano para poder pasar frente a la casa de Rosario, con la pequeña esperanza de encontrarla al salir de casa y así caminar juntos a la plaza. Se despide de su madre, “por favor llévate el paraguas no va a tardar en llover, si las cosas se ponen feas te regresas a la casa”. Javier en su carrera sólo alcanza a tomar su chamarra.

Su paso es veloz. Son las 5:15 de la tarde, el mitin ya ha comenzado, reparte unos pocos folletos a algunos transeúntes antes de toparse con los soldados. Ya no le sorprende encontrarlos; en cada marcha y mitin los soldados llegan a golpear y a detener a sus compañeros, apenas pudo escapar de la toma violenta de Ciudad Universitaria el 18 de septiembre pasado. Discretamente oculta los folletos debajo de su camisa y continúa su camino.

Las 6:00 de la tarde, la multitud es enorme, se siente pequeño entre ese mar de gente, rostros jóvenes y alegres que escuchan atentos al orador; vecinos, que de igual forma escuchan curiosos las demandas del movimiento, admirados de como los jóvenes en cuestión de dos meses han tomado las calles de la Ciudad de México y se atrevían a decir lo que muchos por años han callado. Vendedores ambulantes trabajan vendiendo sus variadas mercancías, otros vecinos ajenos al mitin regresan a sus casas o simplemente salen a caminar para disfrutar la fresca tarde de otoño.

Javier se abre paso por la multitud, con su mirada busca a sus amigos y, en especial, a Rosario, aquella muchacha de Letras que había conocido durante las marchas. Con dificultad se movía entre la gente, al no encontrar a nadie conocido decidió detenerse



cerca de la escalinata del edificio Chihuahua. Junto a él pasan dos hombres que llevan un periódico enrollado bajo el brazo, los mira por un momento, sus miradas se ven nerviosas y voltean a todos lados con cierta preocupación. Varias personas murmuran preocupadas, Javier voltea para atrás y observa como varios soldados toman posición del otro lado de la calle, no le toma importancia, no es la primera vez que viene el ejército para provocar a la gente.

El orador del Consejo Nacional de Huelga llama al orden “Tranquilos compañeros, mantengan la calma”... “Se cancela la marcha hacia el Casco de Santo Tomás. Por favor una vez concluido el mitin, vayan en calma a sus casas, eviten la provocación compañeros”.

Javier logra encontrar a Rosario, se encuentra sentada en la escalinata que va hacia el edificio Chihuahua, agita su mano en el aire, ella voltea y sonríe pero la multitud le impide a Javier moverse. Levanta su mirada al cielo, está oscureciendo más, el aire frío inunda el ambiente, el orador repite: “Tranquilos compañeros. Una vez concluido el mitin vayan a sus casas”.

Un estruendo baja del cielo seguido por un resplandor, todos alzan la mirada y ven caer una verde luz de bengala y un helicóptero, otro estruendo corta el aire. Explosiones que vienen de todos lados, gritos, terror. Los dos hombres que vio con los periódicos, sacan pistolas, puede apreciar que la mano izquierda de aquellos hombres está cubierta con un guante blanco y horrorizado, observa cómo uno de estos hombres dispara en contra de un joven localizado enfrente de ellos.

Todo el mundo corre, los gritos desesperados ahogan las palabras del orador: “¡Son de salva compañeros! ¡No corran!” el orador es jalado y de la terraza varios hombres con guante blanco disparan contra la multitud en la plaza. Todos se empujan y caen al suelo; tratan de huir de la plaza, pero se dan cuenta de que están acorralados por todos lados. El piso tiembla mientras las tanquetas se abren paso sobre la multitud, sus artilleros sin



misericordia abren fuego, el golpeteo de las ametralladoras y su lluvia de plomo ardiente desgarran el aire.

Javier pierde a Rosario de vista, al voltear su mirada hacia atrás, observa cómo los soldados avanzan hacia la plaza, cual muralla verde olivo que escupe fuego. Corre, tropieza y vuelve a correr, trata de buscar refugio, el pánico le oscurece la vista y su boca se llena de un sabor amargo. Resbala con la sangre regada en el piso, un piso lleno de zapatos y papeles.

Una estampida humana se desata en la plaza y el pánico cunde en el aire, acompañado con una sinfonía de gritos y disparos. Mientras corre se da cuenta que una chica cae a su lado. Él le extiende su mano para ayudarla a ponerse de pie, pero retrocede al ver que el cráneo de la chica es perforado por una bala que caía del cielo. Levanta la mirada, varios hombres se encuentran en la azotea del edificio Chihuahua y sobre la iglesia de Santiago de Tlatelolco, disparan hacia abajo; una lluvia de muerte y de sangre cae sobre la plaza. Javier lleva sus manos a la boca, hace un enorme esfuerzo por no vomitar, un sudor frío lo baña mientras desorientado busca una salida de aquella pesadilla. No encuentra nada, más que muerte. Cuerpos que caen a tierra, algunos convulsionan antes de que los soldados se les acerquen y den el tiro de gracia o los apuñalen con la bayoneta.

Trata de correr hacia una jardinera, con la esperanza de burlar las balas que caen del cielo, las piernas le tiemblan, ya no puede mantenerse en pie. “¡Alto, batallón Olimpia!”, alcanza a escuchar antes que una ráfaga de metralleta caiga sobre él y sobre quienes lo rodean, un dolor intenso lo atraviesa, la espalda y el estómago son perforados y una explosión de sangre y grasa mancha su ropa. Caen de frente contra el pasto, su visión se oscurece y los gritos de muerte dejan de sonar. Piensa en su madre, sus hermanos... en Rosario. Trata de levantarse, pero sus brazos tiemblan sin fuerza, siente como aquel amargo sabor de la sangre sube por su garganta, con sus pocas fuerzas logra voltear su



cuerpo, mira el cielo gris. Pequeñas gotas de agua empiezan a caer, observa los cuerpos inertes de varios compañeros que también cayeron víctimas de la misma ráfaga.

Sus ojos ya no pueden mantenerse abiertos, una figura oscura se presenta ante él, extiende su mano con la esperanza de ser levantado, pero al enfocar su vista, mira a aquel hombre con casco y vestido de verde, con mirada de furia, embriagado de muerte y sangre. La bayoneta se levanta y se le clava en el pecho. Pesadas gotas de agua caen en la plaza y se mezclan con la sangre. Gritos, disparos y vidrios explotando suenan en el ambiente, mientras un grupo de soldados corta la energía eléctrica de la zona, en un vago e inútil intento de ocultar el crimen. Mientras las sirenas de las patrullas y ambulancias como lamento espectral rodean la plaza consumida por la oscuridad de esa noche.

En un hogar a varias calles de distancia, una madre angustiada observa la ventana, llueve. Con preocupación piensa en su hijo, mientras sostiene el paraguas que dejó olvidado.